

LA NIÑA QUE NO VEÍAN

Martina es una niña de 10 años. A veces es simpática, y a veces más tímida se esconde tras las piernas de sus padres. Siempre ha sido muy buena jugando a la pinta y corriendo hasta que su perrito llamado Fanático la alcance. Vive en una pequeña ciudad con su mamá, su papá y su hermanito Bruno. Algunas veces **Martina siente que la tratan diferente y no entiende cuál es la razón.**

Un día, en la clase de gimnasia el profesor hizo dos grupos y **Martina fue la única niña que quedó en el grupo de los varones.** No entendió por qué el profesor siempre hace eso, “quizás porque soy la mejor corriendo”, pensó ella. Todos los juegos en los que había que correr, Martina llegaba primero. El entrenamiento de carreras con su perro Fanático daba sus frutos.

-

Cuando volvió a casa, sintió el aroma a su plato preferido: Pollo con papas fritas. Se puso muy contenta y al entrar se encontró que además estaba su tía Laura, que siempre es muy divertida y usa aros que hipnotizan a la gente, ¡son asombrosos! Al instante la tía metió su mano en el bolso. Todos sabían que iba a sacar regalos, y sacó uno para Martina y otro para Brunito. **Martina lo abrió y era un autito, pensó: “otra vez un autito, ya tengo miles”.** Miró el regalo de su hermano a ver si había sido una confusión de paquetes, pero no, era un autito idéntico al de ella. La tía era tan buena onda que con una caja de cartón y unos colores hicieron una autopista con árboles y todo para jugar.

-

Llegó el día del cumpleaños de Sofía, una amiga de Martina. Su mamá la llevó, fueron de las primeras en llegar, porque a su mamá siempre le gusta ser bien puntual. A medio cumpleaños apareció una sorpresa muy divertida: un show de magia. Los magos hacían aparecer cosas de la nada y en el truco final hicieron aparecer un baúl lleno de disfraces. Martina fue la primera en llegar corriendo y

elegir un vestido. Un compañerito que a veces la molestaba, se rió, vestido de superhéroe, y le dijo:

- **¡Miren, se puso un vestido!** – algunos reían, pero Martina estaba acostumbrada, y ella y sus amigos piensan que no importa lo que esos niños digan.

Cuando su mamá la vino a buscar, la mamá de Sofía se quedó hablando con ella como en secreto. Martina se dio cuenta, pero aprovechó para jugar un poco más con sus amigos.

-

Al otro día despertó bien temprano porque la abuela la iba a pasar a buscar para ir a la plaza con Brunito y Fanático. El día era hermoso, Bruno llevaba sus autitos para jugar en el arenero, la abuela tenía el libro que siempre está leyendo y Martina iba saltando y cantando con Fanático, que siempre la sigue bien cerca. Ya en un columpio de la plaza observaba como la abuela socializaba con otras señoras, y pensó “la abuela siempre fue muy simpática, es muy buena haciendo chistes, las señoras se agarran la panza riendo cuando están con ella”. Fue entonces que vio un grupo de niñas jugando a la pinta, su juego favorito. Se bajó del columpio y corrió para sumarse.

Una de las niñas, la más mandona, le dijo:

- **¡No queremos jugar contigo, deberías jugar a la pelota con aquellos niños!** Martina enfureció. No entendía por qué no la dejaban jugar a su juego favorito, pensó que a lo mejor sabían que ella era muy buena y que les iba a ganar a todas. La abuela, que estaba atenta a lo que pasaba, le preguntó a las niñas por qué no la dejaban jugar. Y ellas contestaron que era un juego solo para niñas. La abuela las miró con su mejor cara de amenaza, esa con la que mira cuando alguien rompe algo en su casa, o cuando el verdulero le da fruta que no está tan buena. Y con una sonrisa invitó a Martina a ir por un helado, diciéndole que no valía la pena que compartiera tiempo con niñas que piensan así.

Fueron por el helado y luego a la casa. Fanático también probó helado, cuando nadie veía lamió un poco del de Bruno que estaba distraído.

Al volver a la casa, la abuela se puso a conversar con su mamá, después también se sumó su papá. Martina se sintió observada: “¿Estarán hablando de mí? ¿Se habrán dado cuenta de que fui yo la que rompí y escondí la bandeja de vidrio que a todos le gustaba?”. Trató de escuchar, pero no se entendía nada.

La llamaron para que se sumara a la conversación, y enseguida estaban hablando de las clases de gimnasia, de los vestidos del cumpleaños y de los niños que la molestaban en el colegio. “**Es increíble cómo los padres saben todo**”, pensó.

Y otra vez volvió a surgir el tema, esta vez el que hablaba era su papá:

- Martín, estamos preocupados por que estés bien, nosotros queremos siempre lo mejor para ti. Ya hemos hablado de esto...

Martina se cruzó de brazos.

- ¡Soy una niña! No entiendo por qué todos quieren que sea lo que no soy. ¡No soy un niño! Soy Martina. - Cuando las lágrimas empezaban a asomar, la abuela insistió en ver a una psicóloga, para que toda la familia pudiera entender la situación y así hacer lo mejor para Martina.

Entonces fueron a la psicóloga. Era muy buena para hablar y también para escuchar. Estuvieron horas allí. Martina le contó todo lo que pasaba, eso ayudó a que por fin alguien les explicara a sus papás lo que ella estaba viviendo: Cuando nació, el doctor se fijó en sus genitales y definió que era un niño, por eso lo llamaron Martín y lo tratan como tal. Pero en realidad, Martina es una niña desde siempre. Tiene que ver con la identidad de género y es cómo cada uno siente, más allá de cómo sea nuestro cuerpo. **Lo que sentimos es importante.**

Sus papás lo entendieron. Otra vez Martina veía cómo se le caían las lágrimas, esta vez también con una sonrisa. Estaban tristes y felices, eso fue raro. **Desde ese día de llanto con sonrisa, todo empezó a cambiar para bien.**

Enseguida sus papás estaban hablando en la escuela con la maestra y los papás de sus compañeros de clase. Se hacían reuniones misteriosas en las que los niños no entraban. También vino la tía a la casa especialmente a jugar, esta vez dejaron de lado los autitos. **Por fin Martina comenzaba a sentir que todos entendían quién era ella y las cosas que disfrutaba hacer.**

-

Pasaron algunos días y llegaba otro lunes, por lo que había que levantarse temprano para ir a la escuela. Junto al uniforme su abuela le había dejado un cintillo para el pelo, que ella misma hizo. Martina se vistió muy rápido y llegó a la escuela acompañada por sus papás. Le dieron un abrazo bien lindo al despedirse, se quedaron mirando y saludando hasta que ella entró. Fue raro, como si fuera su primer día de clases. A veces, Martina piensa que sus papás están un poco locos, en esas situaciones ella los mira de reojo y les sonrío para que sepan que todo está bien.

En la puerta estaba el director, que siempre tenía esa cara de dolor de muela, pero asombrosamente hoy estaba sonriente. Quizás sí era un dolor de muela y su dentista se la arregló. Por primera vez la llamó por su nombre.

- Hola Martina, se te ve muy contenta hoy.

- ¡Gracias director, a usted también!

La clase transcurrió con normalidad, la maestra enseñó un poco de matemáticas, y fue tan entretenido que enseguida llegó el recreo.

Al salir al patio Martina jugó como siempre. Ella siguió siendo la misma, no cambió. Lo que cambió es que todos a su alrededor aceptaron lo que ella en realidad es, por lo que dejaron de cuestionarla o definir a qué puede y a qué no jugar. En el escuela además, todos aprendieron que **tanto niñas como niños tienen el mismo derecho a jugar a lo que tengan ganas, sin diferencias.**

Ese día en el recreo inventaron un juego muy divertido, jugaron a la pinta usando la pelota de fútbol. Por una distracción a Martina la pintaron enseguida. No salió campeona esta vez.

Igualmente ese día Martina ganó: **ganó en sentirse muy bien siendo quién es** y sabiendo que empezaba una nueva etapa. Y aunque algunas veces vuelva a encontrarse con situaciones difíciles, desde ahora estaba acompañada por su familia, amigos y todos sus compañeros de colegio.

